

todos; valiéndose de la buena gracia de que Nuestro Señor le había dotado, granjeaba los ánimos de aquellos con quienes trataba, siendo no pequeña muestra de su humildad el desear servir á todos. Vivía el muy devoto Hermano con tanto cuidado de los ejercicios espirituales, que otro Hermano que fué su compañero de aposento, confesaba de sí mismo, que si alguna vez por fragilidad humana se olvidaba de algunos de devoción que él usaba, el Hermano Diego, con su diligencia, le afervorizaba, de suerte, que mirando aquella exacción y cuidado, se hallaba reprendido y confuso. Su oración siempre era de rodillas, previniendo los puntos la noche anterior; sin que en esto, ó en dejar su Rosario, exámenes ni el Oficio de la Santísima Virgen, todo de rodillas, le advirtiese su compañero una sola falta. Piedra de toque fué también en que mostró los quilates de su devoción el Hermano Montalvo, que habiendo venido un hermano suyo á México, movido de su buen ejemplo, á ser de la Compañía, y habiendo dejado la Religión después de algún tiempo de noviciado, por achaques que sobrevinieron, el Hermano Diego de Montalvo, aunque le amaba tiernamente, no se movió un punto de su vocación, antes hablando de esto con alguno de sus condiscípulos, les dijo: que aunque le quitasen los estudios y le dejasen en cualquier estado infimo de la Compañía, viviría muy contento en ella, porque él no deseaba otra cosa sino que le cogiese la muerte y el fin de su vida en la Compañía.

Qué mucho que alcanzase estas resoluciones quien traía muy de ordinario en su memoria la consideración de la muerte; y para que Nuestro Señor se la diese buena, rezaba todos los días el Rosario de la muerte; y para que ésta fuese en la Compañía, saludaba todos los días con una Salve á una Imagen de Nuestra Señora de Loreto que hay en la capilla del Colegio, en el tiempo que él vivía. Y parece que Nuestro Señor iba disponiendo para este trance al devoto Hermano, porque muchos días antes, andando en estos pensamientos, dijo á algunos amigos que tenía por averiguado que al primer tabardillo que le diese, moriría. Envióle Dios esta enfermedad pocos días después que fué enviado al Colegio Seminario de San Ildefonso de México, por ser sujeto muy á propósito para ayudar con su virtud y ejemplo á los colegiales que en él había; pero Nuestro Señor no quiso aguardar más para premiarle los merecimientos de su ejemplar vida. Y luego que aquí se sintió herido, aunque siempre había sido muy cuidadoso de su aprovechamiento en toda virtud, se dispuso de nuevo con grandes veras para la muerte, persuadido que no había de escapar con vida de aquella enfermedad; y así, en todas las oraciones que hacía á sus santos abogados, les rogaba le alcanzasen de Nuestro Señor aquello que fuese de su mayor servicio y gloria, ó muerte ó vida, pues él estaba indiferente para lo que Su Majestad ordenase de su mayor servicio. Recibió todos los Sacramentos necesarios para este trance, y con notable devoción y afectos prorrumplía muy á menudo en fervientes jaculatorias; y estando ya casi muerto, y cuando pensaban los que le asistían que expiraba, levantaba cuanto podía la voz, aunque ya desmayada, haciendo grandes actos de contrición y amor divino, prosiguiendo con mucha devoción por algún rato, diciendo palabras devotas ú oraciones que se le apuntaban. Hasta que, finalmente, vencéndole del todo la fuerza de la enfermedad (que desde el principio se declaró mortal), le quitó la vida á los 26 de Diciembre del año de 1642, dejando en sus

religiosas virtudes fieles prendas, que si perdió aquesta vida transitoria, ganó la bienaventurada y eterna. Murió á los 20 años de su edad y 6 de la Compañía, habiendo sido á Dios no menos agradables las flores de su vida, que los frutos de alguna ancianidad bien empleada, sirviéndose el Señor de todos como dueño absoluto de la vida, y que todo tiempo y edad la sabe sazonar con su gracia para la gloria.

CAPITULO IX.

VIDA DEL DEVOTÍSIMO Y ESPIRITUAL HERMANO
FRANCISCO VILLARREAL,
QUE SINGULARMENTE SE EMPLEÓ EN ALABANZAS DIVINAS,
SIENDO COADJUTOR TEMPORAL
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1600.

§ I.

De su entrada en la Compañía.

Oficios humildes y especialísima oración en que se ejercitó.

La excelencia de virtudes de este gran siervo de Dios nos obliga á dilatarnos en ellas más que lo ordinario, porque verdaderamente respandecieron en él tan singulares dones de la divina gracia, que edificaron notablemente y fueron muy conocidos en nuestra Provincia de Nueva España, donde habiendo sido el primer Hermano de la Compañía que pasó á ella, consumó en ella el curso de su santa vida, esparciendo suavísimo olor de sus esclarecidas virtudes. Nació el Hermano Francisco de Villarreal en el pueblo de Madrid, del Arzobispado de Toledo, de padres honrados; y su ocupación en el siglo, antes de entrar en la Compañía, fué ser oficial mayor de Secretario en la Real Cancillería de Granada, y en este estado siempre se empleó en ejemplos de virtud y cuidado del divino servicio. Hasta que el año de 1558, movido de los sermones del P. Bautista Sánchez, hombre verdaderamente apostólico, que á la sazón allí predicaba con extraordinaria acepción y fruto de las almas, entre otros setenta y tantos que de ciertos sermones suyos se movieron á entrar en diversos Religiones (cabiendo buena parte de ellos á nuestra Compañía), fué uno el Hermano Francisco de Villarreal, que con dichoso acierto fué admitido en ella el año de 1559, dando desde luego muestras de rara virtud y mortificación. Tuvo mucho tiempo oficio de traer ladrillo para la Iglesia y casa de Montillas; su traje era de una sotana parda que llegaba no más que á las rodillas, y sobre ella un capotillo de dos haldas, con un sombrero muy ordinario, andando siempre tras de una recua de mulas en que traía el ladrillo. En estos y otros semejantes ejercicios de mortificación gastó siete años en Andalucía, hasta que el de 1566, á

petición del Rey D. Felipe, segundo de este nombre, y por mandato del santo Padre Francisco de Borja, tercero General de nuestra Compañía, pasó con otros Padres á la Habana y Florida, donde estuvo cerca de seis años con muchos trabajos é incomodidades, por la grande falta de mantenimientos ordinarios, caminos por tierras muy ásperas de aquella gente bárbara, y peligros de mar, con que muchas veces estuvo á riesgo de perder la vida; y de tierra, en muchas ocasiones que de quitársela aquellos infieles se le ofrecieron, librándole Nuestro Señor de todos ellos; por cuya orden, viendo el poco fruto y mucho trabajo que en aquellas partes se padecía, pasó á esta Nueva España el año de 1572, donde siempre procedió con gran tesón y perseverancia en la entereza de su vida y continua mortificación, en que fué extremadamente señalado. Ocupábase siempre en los oficios propios de su estado y profesión, asistiendo mucho tiempo en el noviciado, para que con su ejemplo y fervor se alentasen los novicios, embebiendo desde los principios el espíritu de devoción y mortificación en que el Hermano Villarreal tanto se señalaba.

Y para decir algo en particular de las virtudes de este religiosísimo Hermano, y comenzando del dón señalado de oración que Dios Nuestro Señor le comunicó, y en él tanto resplandecía, se puede sin encarecimiento decir, que gastaba casi todo el día y noche en este santo ejercicio, porque fuera del tiempo señalado que á las mañanas se da á la oración en la Compañía, solía él continuarla (cuando por ocupación de la santa obediencia no le era impedido) otra hora y media y á veces dos, oyendo después todas cuantas Misas él podía, asistiendo siempre á este altísimo ministerio de rodillas (lo cual guardaba también en la oración), con tal modestia y atención, que componía á los que lo veían; y no contento con esto, fuera de los exámenes, lección espiritual, Rosario, Letanía y otras muchas devociones que cada día dos y tres veces solía rezar todas las tardes, tenía otra hora y media ó dos de oración retirada; y á la noche, recogido en su aposento, las continuaba, y siempre de rodillas, cosa que admiraba, por ver que pasaba ya de los 70 años y estaba muy gastado y consumido de los trabajos y mortificación, que fué su continuo ejercicio; y pareciéndole todo esto poco, á las noches (donde las ocupaciones le daban más lugar), después de haberse acostado y dormido el primer sueño, y descansado un poco la cabeza, era muy ordinario en él, sentado sobre la cama sin arrimarse, pasar tres y cuatro horas en oración, de suerte que á cualquier hora de la noche, pasado el primer sueño, que entrasen en su aposento, le hallaban despierto en ese santo ejercicio, y aunque él se procuraba reprimir é ir á la mano por no ser sentido de sus compañeros, con todo, no lo podía disimular de modo que no fuese oído y se notase (con grande edificación de los que lo sabían y advertían). Lo mismo se le notó en algunas salidas que hacía estando en Tepotzotlán; porque cuando iba á pedir limosna para aquel Colegio, cogiéndole las noches en el campo, y esto muchas veces, porque solía gastar cuatro y cinco meses fuera de él, no comiendo más que un pedazo de pan, ni otro abrigo más que su manteo y ropa, todo lo daba á dos indiecitos, colegiales de San Martín, que en su compañía llevaba, así para que le fuesen de algún alivio, por su mucha vejez, como porque de camino fuesen catequizando y enseñando la Doctrina Cristiana en los pueblos donde entraba. En estas ocasiones, él se quedaba sólo con

su sotana y sombrero, no reparando en los fríos y rigor del tiempo ni serenos de la noche, y para tomar algún alivio del cansancio con que así por su edad como por la aspereza de los caminos padecía, cuando llegaba á do había de hacer noche, lo que él hacía después de haber acomodado á sus indiecitos, era hincarse de rodillas en el campo á encomendarse á Nuestro Señor, estando en esta postura en continua oración, hasta que de puro cansado y vencido de la necesidad, se reclinaba sobre una piedra, sin otra cama ni abrigo.

Aconteció algunas veces, queriendo de parte de noche prevenir el ejercicio para la oración de la mañana, ser tan abundante el consuelo y gusto del Cielo que su alma sentía, que pasaba toda la noche sin dormir, de suerte que era menester mandarle no previniese este ejercicio. Entre día solía andar rumiando y pensando alguna sentencia de *contemptus mundi*, ó algún misterio ó palabras de Cristo Nuestro Señor del Evangelio de aquel día, y muy de ordinario en la Regla doce del sumario, cuyo principio es, para llegar á este tal grado de perfección, que es la que se profesa en la Compañía.

Acompañando en el Colegio de San Gregorio los domingos por las tardes al predicador, solía el Hermano Francisco estarse de rodillas al pie del púlpito todo el tiempo que duraba el sermón, predicando desde allí, no con palabras, sino con la eficacia de su ejemplo, que sin duda le causaba grande en todos los que estaban presentes. Lo mismo solía hacer cuando acompañaba á los Padres que iban á confesar, que mientras ellos confesaban al enfermo, se estaba el santo viejo de rodillas en oración, aunque hubiese ido muy lejos y llegase cansado; y no satisfecho su fervoroso espíritu con tantos ratos y horas de trato con Dios, en que fué eminente este su siervo, á lo dicho añadía, con licencia, que en tiempo de las primeras mesas, se quedaba continuamente en el Seminario de San Gregorio, y con lo que más componía á los indios colegiales (de quienes él cuidaba), era con verle absorto y como fuera de sí en oración, por los corredores, patios y rincones de la casa, sirviéndole todos esos lugares de oratorio. Y algunas veces, ó por excusar del demasiado ruido de los muchachos, ó por alargar más la rienda á su fervorosa oración, solía subirse al mismo tiempo de las primeras mesas (cuando entendía que nadie le veía) á la azotea ó terrado del dicho Colegio, donde, hincado de rodillas, detrás de un campanario, descubierta la cabeza, clavados los ojos en el Cielo (todo él absorto, á imitación de nuestro Padre benditísimo Ignacio), los llenaba de suspiros y su rostro de lágrimas, perseverando en su oración todo el tiempo que duraba la primera mesa, con tal fervor y muestras exteriores de lo mucho que allí Dios se le comunicaba, que los mismos indiecitos, con admiración suya, lo reparaban.

Más singular es lo que ahora se sigue. Fué visto algunas noches de Navidad, entre once y doce, cuando los más de la casa estaban reposando, hasta que fuese hora de Maitines; él, como fiel siervo á quien su Señor hallaba siempre velando, estar aquella hora en que Él vino al Mundo, aguardándole en vela; y para más devoción y regalo de su alma, se iba á aquella hora solo á la caballeriza, donde, encendiendo una vela y quitándose la sobreropa, la colocaba en el establo, ponía sobre ella su bonete, en que, con un lienzo que llevaba y con algunas pajas, acomodaba una como cama para el recién nacido Jesús, atando cerca de ella una bestia de las que allí había, para más al vivo representar

aquel divino misterio, con el cual se regalaba tanto su alma, que puesto allí en oración, parece salía algunas veces como fuera de sí con un fervorosísimo afecto, prorrumpiendo en alabanzas del Santo Niño, á veces cantadas, á veces dichas con unas afectuosísimas y encendidísimas palabras, alabándole mil veces y besando otras tantas el lugar y camita que le tenía aparejada; en esta ocasión le acechaban algunos de los nuestros, edificándose de suerte, que si no conocieran de su mucha virtud cuán presente estaría á los ojos de la fe de su alma el recién nacido Dios, tenían bastante ocasión de juzgar veía con los del cuerpo, según los varios y encendidos afectos que este siervo de Dios en lo de fuera mostraba, ya hablando con el Niño ya dando la enhorabuena á la Santísima Madre.

§ II.

De la devoción que con el Santísimo Sacramento y la Santísima Virgen ardía en el corazón del Hermano Francisco de Villarreal.

No menos admirable que la pasada, fué la devoción que este gran siervo de Dios tuvo al soberano misterio del Santísimo Sacramento; y así, gastaba grandes ratos en oración de rodillas, en la Iglesia, delante del Soberano Señor que en él se encierra, en cuyas visitas era muy frecuente entre día; comulgaba dos veces, fuera del domingo, cada semana, los martes y viernes, y en el tiempo de su enfermedad mostró el hambre que tenía de este celestial manjar, pidiéndole con toda instancia muchas veces, de suerte que una obligó á dárselo después de media noche. De aquí le nació un amor entrañable y afectuosísimo á Jesucristo Nuestro Señor, el cual mostraba en sus pláticas y conversaciones, hablando con tal fervor, gusto y sentimiento, que mostraba bien el que en su corazón ardía. Era esta plática para él un piélagó sin suelo, porque ni sabía, ni acertaba, ni podía acabar la plática una vez comenzada en alabanza de este Señor Soberano; las palabras que ordinariamente se le oían, eran: «Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo.» No estaba introducida en aquel tiempo la devotísima alabanza que hoy acostumbran los fieles, por la devoción que tienen al Santísimo Sacramento, y en lugar de ella, por la devoción que con ese divino misterio tenía nuestro Hermano Francisco Villarreal, repetía: «Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo;» con estas palabras se levantaba, estas repetía muy frecuentemente entre día, con estas se acostaba, con estas daba principio á sus conversaciones, con estas las continuaba y acababa, con estas saludaba á todos los que encontraba, en tanto grado, que en la ciudad no le sabían muchos otro nombre más que el Padre alabado sea Nuestro Señor Jesucristo: éste fué su blasón, y de éste se preciaba más y de no saber otra cosa más que decir: «Alabado sea Jesucristo Nuestro Señor;» solía ir á visitar las escuelas de los niños, y lo que les enseñaba era que dijese muy á menudo esta divina alabanza. Y así, quedó esta loable costumbre entre los muchachos de la ciudad, que en encontrándose, ó cuando pasaban los de la Compañía por las escuelas, en voz alta los saludaban todos, diciendo: «Alabado sea Jesucristo;» y

en la misma costumbre impuso á los más de los estudiantes seculares de nuestros estudios, y por tener ocasión de alabarle una y mil veces entre día, solía apostar algunos Rosarios ó Misas oídas con todos cuantos podía, así seglares como Religiosos, yendo á la plaza ó estando en la portería, sobre quién alabase más veces sin respirar á Nuestro Señor Jesucristo. Por este mismo fin tomó por ejercicio muchos años el ocuparse, los ratos que le sobraban, en escribir todos cuantos santos por sí y por otros podía, y la sentencia que en ellos ponía, era: «Alabado sea Jesucristo,» y con una cajita en que los llevaba, salía por las plazas, calles y casas, de todas suertes de gentes que ya lo conocían y estimaban por hombre santo, y daba á cada uno el suyo, y lo mismo hacía cuando comenzaba, porque siempre llevaba consigo gran número de papelitos escritos, y por sentencia en ellos: «Alabado sea Jesucristo.» Todas las mañanas rezaba en voz alta, en compañía de los colegiales de San Gregorio, el Rosario, con tal fervor y fuerza de espíritu, que causaba admiración á quien lo oía, interponiendo muchas veces las dichas palabras, y mientras los muchachos se levantaban y aderezaban sus camillas y aposentos, que duraba como un cuarto de hora, la oración que á una con ellos hacía, era decir sin cesar un punto: «Alabado sea Jesucristo,» y mientras á la noche se acostaban los mismos colegiales, él les iba diciendo la Letanía de los Santos, la cual era mucho mayor que la ordinaria, porque le había añadido los santos que le habían cabido en la Compañía y los que se habían señalado en alguna particular virtud, que con fruto de su alma había ido notando en las vidas de los santos que solía leer en Lucio y otras historias, especialmente los que habían sido Religiosos; y el modo que tenía en rezar la Letanía, era, que en lugar de las palabras que ordinariamente se responden: *Ora pro nobis*, añadía él: «Alabado sea Jesucristo,» repitiendo, los que respondían, las mismas palabras y la Letanía; y con el mismo modo la decía á sus solas en los ratos sobrados, porque ningunos perdía su devoción. En los últimos de sus años había aprendido las oraciones en lengua mexicana, las cuales decía algunas veces que en San Gregorio acompañaba al predicador antes que comenzase á predicar, rematando cada una de ellas con las mismas palabras de alabanzas á Jesús; cuando el médico le desahució, diciéndole que se moría, lo que respondió fué: «Alabado sea Jesucristo, por la Purísima y Limpísima Concepción de la Virgen María Nuestra Señora,» y estando ya en el último de su vida y profesando la fe, á cada artículo interponía: «Alabado sea Jesucristo,» lo cual le duró aún hasta habersele subido el humor á la cabeza, que para sólo repetir estas palabras, parece le daba Dios señorío sobre sí; y no supo este su devotísimo siervo hasta la muerte otra cosa, que alabar á Jesucristo crucificado, y después de muerto las señas con que los de la ciudad daban á entender quién era el difunto (por no saberle otro nombre), era como decir que había muerto «alabado sea Jesucristo;» y lo que en esto admiraba, era que con repetir entre día tantas veces estas tan regaladas palabras, se echaba de ver que no las decía por solo costumbre, sino que las repetía siempre con tal espíritu y deseo verdadero de que fuese alabado y glorificado Nuestro Señor Jesucristo, que parece le ponía á todos los que le ayudaban á alabarle y bendecirle; sea su Majestad glorificado para siempre, pues tal espíritu dió á este siervo, el cual en sus conversaciones y pláticas en el claustro y en la pla-

za, con los Religiosos y Seculares, el principio, medio y fin de sus cartas, y aun mientras comía, jamás se olvidaba de las alabanzas y gloria de Jesús, cumpliéndose en él lo que dijo el glorioso Bernardo: *Aridus est omnis animæ cibus, si non oleo isto infunditur: insipidus est. Si non hoc sale conditur. Si scribas, non sapit mihi, nisi legero ibi Jesus. Si disputes, aut conferas, non sapit mihi, nisi sonuerit ibi Jesus. Jesus mel in ore, aure melos, in corde júbilus.*

Y el mismo afecto y devoción mostraba á la Virgen Santísima Nuestra Señora, de cuya Purísima Concepción era singularmente devoto, y así á las palabras dichas en alabanza de Jesucristo Nuestro Señor, añadía «por la Purísima Concepción de Nuestra Señora,» á todas las ocasiones y con el mismo espíritu que decía las otras, decía también estas, de suerte que como en el corazón estaba tan junto el amor y viva la memoria de Jesús y de María, también lo estaban en sus palabras, diciendo más frecuentemente: «alabado sea Jesucristo por la Purísima y Limpísima Concepción de Nuestra Señora.» Todas las semanas tenía señalado un día en que sin faltar cantaba en nuestro refectorio un Ave María á la Virgen. También lo estaban en sus palabras, viniendo muchas veces de San Gregorio, donde (como se dijo) quedaba en tiempo de las primeras mesas, y cuando no podía la cantaba á las segundas, sin faltar jamás á esta su dulcísima devoción: en tanto, que estando en Tepetzotlán por Procurador, y viniendo al Colegio de México á negocios de su oficio, así que llegase noche, á hora de cenar, y muchas veces mojado y cansado, con que parece que por ser huésped podía disimular con su devoción, no dejaba de cantar el Ave María, besando después de ella á todos los presentes los pies. Cuando ya estaba muy enfermo, y al cabo de su vida, se acordó una vez con mucha ternura quién diría por él el Ave María cantada á Nuestra Señora en el refectorio, y diciéndole un Padre: si gustaría que él se encargase de hacerlo, se lo agradeció mucho, diciéndole recibiría en eso grandísima caridad. Todas las noches antes de cenar, en compañía de los colegiales de San Gregorio se iba al coro, é hincado de rodillas delante del Santísimo Sacramento rezaba en voz alta, respondiéndole los indiecitos el rosario de la Purísima Concepción, que su devoción y afecto había inventado; que era de este modo: en lugar del *Pater noster* y Ave María, decían: «Jesús María y José, alabado sea Jesucristo por la Purísima y Limpísima Concepción de Nuestra Señora,» y rezaba con tal fervor el santo viejo este rosario, que aunque muchas veces por su flaqueza parece que no podía echar la voz, la fuerza del espíritu le avivaba tanto, que le oían por toda la casa y aun los que pasaban por la calle, con extraña admiración y edificación de todos. Mientras comía saboreaba con esta sal los manjares, diciendo y repitiendo algunas veces en voz alta las palabras dichas; y por haber en la sacristía de San Gregorio una imagen de la Concepción de la Virgen, solía estar grandes ratos de rodillas delante de ella en oración; y por este medio libró Nuestro Señor una noche, el año de 1596, de que no se quemase y abrasase el Colegio de la Puebla de los Ángeles. Porque estando ya acostado el resto de la casa, y viniendo él á las diez de la noche de tratar algunos negocios con el P. Rector, no queriéndose acostar hasta primero (como lo acostumbra cada noche) ir á visitar y rezar su devoción delante de una imagen de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, que estaba en lugar muy apar-

tado, en acabando de rezar vió luz en la despensa, y acudiendo á ver lo que era, halló que se iba ya prendiendo fuego en una de las dos puertas que en ella había; y fué á tal coyuntura, que si entonces no se remediara, no se pudiera después, sin mucho daño de la casa, atajar.

Quien tan familiar trato tenía con Dios Nuestro Señor, bien se deja entender cuán presente le tendría siempre, y cuán poco entrometido sería en los negocios y oficios de los hombres. Entre otros cuadernitos que guardaba, era uno del examen particular que usamos en la Compañía, en que tenía apuntadas faltas que en él hacía, sin faltar de apuntar las mañanas ni tarde alguna, hasta que enfermo y preguntado de qué traía este examen, dijo: que era de no entrometerse en las cosas y oficios de otros, sino hacer su obediencia exactamente; añadiendo que en este punto se encerraba todo; y en el de su última enfermedad y días de vida, le daba Nuestro Señor mucha mayor claridad del aprovechamiento de este santo ejercicio del examen particular. Del mismo trato y comunicación ordinaria con Dios, nacía en él el tratar siempre en sus pláticas y conversaciones de Dios Nuestro Señor ó de algunas otras cosas de edificación, sin jamás consentir se desdorasé ni murmurase de faltas ajenas, ni traer en consecuencia de lo que se trataba, las que otros hubiesen hecho; interrumpiendo (si alguna vez se mezclaba semejante plática) con excusar á aquel de quien se trataba en la conversación; y cuando el hecho era tan manifiesto que no tenía excusa, decía tres ó cuatro veces: «alabado sea Jesucristo,» con lo cual los presentes le entendían; y cuando esto no aprovechaba, con un silencio continuo sin hablar palabra, y con un rostro severo y modesto, corregía el desorden que había en desdorar ó menoscabar en los otros su buen nombre y estimación.

§ III.

*Del celo del bien de las almas y caridad con los prójimos,
del Hermano Villarreal.*

De la misma suerte nacía en él una fervorosa caridad y celo de los prójimos, á quienes según su estado y ocupaciones acudía con notable edificación y perseverancia, así en lo espiritual como en lo temporal. Cuando alguno de los Padres-Lenguas, que están en San Gregorio, iba á predicar al tianguis ó mercado, que está en lo último de la ciudad, y es menester atravesarla toda para llegar allá, el Hermano Francisco, siendo ya de más de 70 años, y estando muy consumido, así por la edad y trabajos pasados, como por la continua mortificación interior y tesón incansable en los ejercicios de devoción que se han dicho, iba y volvía todo este gran trecho á pie con los niños colegiales, diciendo á veces la doctrina, á veces la letanía; respondiéndole: «alabado sea Jesucristo,» con grande modestia y devoción suya y edificación de los que le veían tan embebido en la memoria y alabanzas del Señor. También solía ir con las doctrinas de los españoles que salen de nuestra Casa Profesa, convidándole á ésta los Padres de ella por lo mucho que arivaba este santo ejercicio, y por la mucha gracia y fuerza de espíritu con que después hacía la doctrina.